

Viernes 2 de Julio de 1920

"EL MERCURIO"

Y LA CANDIDATURA DE TRANSACCION

El señor redactor de "El Mercurio", inquieto ante las agitaciones de la lucha política actual, aconseja terminarlas por medio de una transacción.

¿Qué clase de transacción? El redactor de "El Mercurio" parece que no se ha atrevido a formular su pensamiento con toda claridad; pero tratándose, como se trata, de elegir Presidente de la República, entre los dos candidatos que el 25 de Junio obtuvieron los sufragios del pueblo, es difícil imaginar otro arreglo que la elección de un tercer candidato, sobre el cual los electores no han podido o no han querido pronunciarse.

¿Qué antecedentes justifican esa solución que importaría por parte de los electores de segundo grado el olvido de sus compromisos y por parte del Congreso, una burla hecha a la voluntad del pueblo?

El señor redactor de "El Mercurio" compara la situación actual a la de 1891. Profundo error. Nos encontrábamos entonces frente a un gravísimo conflicto constitucional entre los dos más altos poderes del Estado. Hoy no existe ni siquiera la sombra de un conflicto. El pueblo se ha pronunciado ya en los comicios electorales y sólo falta hacer el escrutinio y calificación de las elecciones por la autoridad que la carta Fundamental designa al efecto.

¿Ha triunfado en las urnas don Arturo Alessandri? El Congreso lo proclamará, estamos ciertos, Presidente de la República. ¿Ha triunfado por el contrario don Luis Barros Borgoño? En ese caso también el Congreso no puede hacer otra cosa que cumplir con su deber.... ¿No ha triunfado ninguno de los dos candidatos? Corresponde entonces al Congreso elegir Presidente, no con entera libertad, sino entre los dos ciudadanos que han obtenido mayor número de votos, como expresamente lo dispone la Constitución.

Si los electores de segundo grado se encuentran en la imposibilidad moral de votar por otro candidato que aquel en cuyo nombre solicitaron los sufragios, de los ciudadanos, y si, por otra parte, el Congreso, dentro de la Constitución no puede proclamar o elegir sino a uno de los dos candidatos que obtengan mayoría, dicho se está que la transacción propiciada por el redactor de "El Mercurio" es absolutamente irrealizable.

El señor redactor de "El Mercurio" comete además al proponerla un considerable error psicológico: la de justificar la solución que propicia con la amenaza más o menos velada de la violencia. El vive en un medio en que parece predominar la proverbial timidez israelita y desconoce por tanto el temperamento de los chilenos. Ante el peligro o la amenaza, los chilenos no se inclinan sumisos y temblorosos: sienten sublevarse, al contrario todo lo que hay en sus almas de esforzado y viril.

Y, en el caso actual, no sólo el honor, sino también el buen sentido les aconsejan resistirse al tumulto. Si las autoridades legítimas y legales llamadas a elegir y proclamar al Presidente de la República, los electores de segundo grado y los miembros del Congreso, adoptasen resoluciones bajo la intimación del populacho, ello significaría la pérdida en un sólo instante de todos los progresos realizados durante cerca de un siglo por la República en la práctica de sus instituciones.

¿Ha reflexionado el señor redactor de "El Mercurio" en la gravedad del precedente que parece aconsejar? Ya en adelante no tendríamos gobierno regular y constitucional. Se convertirían en árbitros de los destinos de Chile, los alborotadores y sediciosos, los audaces que reunidos en la calle pública usurpasen la representación del pueblo, para imponerse a las autoridades legítimas. El

triunfo que ahora obtuvieran sería la justificación anticipada de esos tumultos y violencias que el redactor de "El Mercurio" afecta condenar al mismo tiempo que aconseja someterse a ellos.

Esa abdicación cobarde y antipatriótica, ya bastante peligrosa si se realizara en provecho del candidato que ha llamado al tumulto en su auxilio, sería doblemente funesta si tuviera por resultado la elección de un tercero.

No se engañe el señor redactor de "El Mercurio". Lo que quiere la turba que bulle y se agita en la calle pública, es la Presidencia del señor Alessandri. Los intereses y la situación de los políticos que franca o veladamente le acompañan le importan bien poco: no la satisfecerá un triunfo relativo de la Alianza Liberal, ni menos aún la proclamación de un candidato que no se haya acercado al pueblo y que pretendiese recoger la banda presidencial en un conciliábulo de politiqueros, como premio de sus debilidades, de sus abdicaciones o del cumplimiento equívoco de sus compromisos de honor.

Ese candidato podría ceñirse la banda presidencial, pero el pueblo que ha acompañado al señor Alessandri continuaría creyendo sólo en el señor Alessandri, y el improvisado y sorpresivo jefe de la República se encontraría aislado e impotente, entre la Unión Nacional desarmada y el pueblo alessandrista burlado en sus esperanzas absurdas.

He ahí otro error del redactor del "El Mercurio", No sólo ignora la psicología de los caballeros chilenos sino también la del pueblo. La pacificación que propone es la guerra civil a corto plazo. Si triunfante el señor Alessandri todo sería temer del inconsciente populacho burlado en las engañosas expectativas que le han hecho entrever, ¿qué podía esperarse del desarme de las fuerzas de resistencia, de la elevación de un tercero elegido contra la voluntad de todo el mundo por obra del miedo?

La proclamación del señor Alessandri sería preferible aún para sus más encarnizados partidarios, el interés nacional, no podrían menos de ver en el candidato del bullicio, la ventaja de una lección, de un desengaño, de una experiencia de esas que forman la educación política de los pueblos. Aún esa triste ventaja se perdería con la proclamación de un tercer candidato.

No hay tampoco, estamos seguros, ningún caballero en Chile, por ambicioso que sea, capaz de colocarse en la situación desairada, tan llena de peligros, como escasa de decoro, en que se encontraría quien fuese a usufructuar de las fatigas y peligros de los que en la campaña electoral lucharon como buenos, en pro de sus ideales, sin otro mérito que el de una abstención egoísta y calculada.

¿No comprende además el redactor de "El Mercurio" que si el Congreso proclamase Presidente de la República, no al señor Alessandri, ni al señor Barros Borgoño, sino a un tercero cuyo nombre no hubiese sonado siquiera en los comicios electorales, tendría el pueblo sobrada razón para pensar que su voluntad había sido burlada por las intrigas de un puñado de politiqueros? ¿Habría un solo alessandrista que no creyere entonces con todo fundamento que los manejos de la oligarquía y el Congreso habían robado su elección al señor Alessandri?

Felizmente, en este caso, el buen sentido nacional se impondrá como se ha impuesto siempre. Son pocos los chilenos tan acceci- bles al miedo o tan friamente codiciosos y egoístas como para desempeñar un papel análogo al asumido por "El Mercurio".